

En Busca de un Nuevo Proyecto Nacional



Las permanentes raíces estructurales del malestar nacional, de la tragedia que sufre el país, van produciendo con mayor rapidez y gravedad frutos de destrucción; la descomposición de la economía, de las relaciones sociales, de las instituciones del Estado va empeorando día a día. Su signo más manifiesto lo constituye el creciente número de muertes y asesinatos, causados en su inmensa mayoría por fuerzas gubernamentales o por aquellas fuerzas paragubernamentales, que con uno u otro nombre vienen operando en El Salvador desde los tiempos de Molina y de Romero, y que hoy lo hacen de forma mucho más bárbara y cruel y con absoluta impunidad. No son guerrilleros los muertos, si no es en pequeño número, como es pequeño el número —si consideramos los más de dos mil quinientos muertos habidos desde el quince de octubre— de miembros caídos de la Fuerza Armada. Las víctimas son predominantemente campesinos, sindicalistas, maestros, jóvenes estudiantes...

Es menester salir de este infierno. La actual Junta de Gobierno dice tener su plan para hacerlo, del que parece ser parte esencial una terrible represión, que podría al final del año acercarse a las diez mil muertes. Lo tiene también la extrema derecha con pronuncios de una mayor represión. Y lo acaba de proponer el Frente Democrático Revolucionario, al asumir la Plataforma de Gobierno que había planteado la Coordinadora Revolucionaria de Masas. Este número de la Revista ECA lo dedicamos al estudio y análisis crítico de este nuevo camino de solución, de este nuevo proyecto nacional. Rechazarlo con el prejuicio de que es el proyecto de la extrema izquierda o de que es un caballo de Troya para la introducción del comunismo,

es cerrar los ojos a la realidad y es dificultar aún más la solución. Aunque no sea una salida totalmente segura, aunque no sea algo ya hecho y acabado, es algo serio en que merece la pena trabajar y es algo que —esa es, al menos, nuestra opinión de analistas políticos— ofrece más posibilidades que las otras soluciones actualmente ofrecidas. Las razones que sustentan nuestra opinión quedan desarrolladas en los distintos artículos de este número de la Revista. En este **Editorial** quisiéramos, sin embargo, sistematizar esas razones y explicitar una posición, que pueda ayudar al avance racional del proceso. No nos mueven para ello intereses egoístas o actitudes preconcebidas, sino el sincero intento de buscar una salida a esta espantosa situación, que engulle cada día decenas de vidas humanas y que hace cada vez más difícil el encontrar un camino seguro por el que puedan avanzar todas las fuerzas progresistas y democráticas en la tarea común de encontrar cómo empezar a resolver no tal o cual problema particular, sino el problema nacional en su conjunto.

1. La aceleración del proceso tras el 15 de octubre

Partimos del supuesto, tantas veces analizado y comprobado, de que el sistema capitalista que ha dominado en El Salvador sin traba alguna desde los días de la Independencia hasta hoy es el causante último de nuestra situación. Para aliviar su fracaso ya secular, se han procurado distintos intentos de modernización. Pero incluso estos intentos de modernización y democratización han sido impedidos o frenados por la parte más fuerte del capitalismo criollo, por sus servidores de derecha en la Fuerza Armada y, en última instancia, por el imperialismo norteamericano, sea a través de su aparato oficial, sea a través de su aparato económico. Como tales fracasos, para fijarnos tan sólo en los años setenta, han de entenderse los fraudes electorales de 1972 y 1977, los intentos de Transformación Agraria en 1973 y 1976, y aun el propio 15 de octubre de 1979, en el que la tardía pero eficaz intervención del capitalismo nacional e internacional logró desvirtuar sus mejores posibilidades reformistas y democratizadoras.

Ha sido precisamente el fracaso del sistema capitalista el que ha generado su propia contradicción, una contradicción cada vez más amplia y vigorosa. Confundir los agentes de la contradicción con sus causas estructurales, es uno de los vicios fundamentales del análisis que hacen la derecha y los Estados Unidos, al enjuiciar lo que está pasando en el país. No son últimamente los comunistas o sus allegados los que han causado la resistencia a la actual si-



tuación, ni lo son las Universidades o la Iglesia; es el propio sistema capitalista, tal como históricamente se ha dado entre nosotros, es la política de los Estados Unidos tal como se ha objetivado en el país, lo que ido generando su propia contradicción. Ha sido el fracaso económico y político el que ha generado las condiciones objetivas de otro sistema económico y político.

Este fracaso económico y político es el que ha forzado a la opresión estructural y a la represión militar y ha suscitado así un poderoso movimiento popular revolucionario. No es la concientización política la que primaria y fundamentalmente ha suscitado el proceso revolucionario, sino que ha sido la realidad objetiva hecha conciencia en las clases populares; ni es el proselitismo revolucionario el que ha generado la presencia de masas revolucionarias organizadas. Vanos son los esfuerzos subjetivos cuando no responden a ellas condiciones objetivas, resultado muchas de ellas de procesos estructurales.

Puede considerarse que el movimiento militar del 15 de octubre es también una respuesta generada fundamentalmente por las condiciones objetivas que se daban en los tiempos de Romero. Pero no por las condiciones objetivas últimas, sino por algunas de sus manifestaciones (la corrupción, la represión, la falta de credibilidad institucional, etc.). Por eso la Juventud Militar —y más aún el resto de la Fuerza Armada— falló en el diagnóstico adecuado de la situación tanto por lo que tocaba a la amplitud y profundidad del mal, como por lo que tocaba a los agentes y al sistema capaces de ponerle remedio. En concreto pensaron que era posible un cambio realmente revolucionario sin la participación hegemónica en él de quienes eran la contradicción fundamental y radical de lo que se quería extirpar. Es probable que las Organizaciones Populares, divididas por entonces no sólo en su organización sino también en sus criterios interpretativos y tácticos, no estuvieran en capacidad de sacar el debido provecho de aquella oportunidad; pero su actitud radicalizó y aceleró el proceso, mostrando a las claras que sin su participación no es posible una solución racional, eficaz y constructiva. Esa actitud mostró lo que había de oscuro en las alianzas del 15 de octubre y, lo que es más grave, lo que había de problemático en un proceso sustentado fundamentalmente sobre una Fuerza Armada, creada y formada para defender un sistema contrario al que se quería imponer y a la que ese sistema había corrompido hasta límites increíbles.

No se valoró entonces debidamente la corrupción y la corruptibilidad de la propia Fuerza Armada y particularmente de los Cuerpos de Seguridad. Menos aún se fue ca-



paz de comprender que la formación ideológica de la Fuerza Armada, su proclividad ancestral a identificar la democracia con el capitalismo de la empresa privada, su permanente penetrabilidad y penetración de parte de los intereses norteamericanos —que nunca pueden coincidir plenamente con los salvadoreños—, su espíritu corporativo e institucional que de hecho prevalece sobre los intereses reales del pueblo, le imposibilitan para conducir un proceso revolucionario.

Reiteramos estos puntos porque siguen siendo válidos, si es que se pretendiera regresar tras un nuevo golpe a las mejores expectativas del 15 de octubre. La actual Fuerza Armada— y los dos intentos de golpe derechizante habidos en los dos últimos meses y la votación que ha favorecido numéricamente al Coronel Gutiérrez sobre el Coronel Majano, así lo demuestran— no puede ser el agente principal de un proceso revolucionario. No es esa su misión ni está preparada para ello. Repetir la experiencia aun corregida sería volver a dar un paso inútil, por lo menos para la consecución definitiva de un nuevo orden social. No dudamos de que haya gente sana en la actual Fuerza Armada, pero los acontecimientos han mostrado que la Institución ha podido más que sus buenos propósitos. Esto se aprecia todavía mejor en la actual agudización del proceso.

2. La agudización de las contradicciones

El fracaso de la Juventud Militar, evidente ya a finales de diciembre, cuando se prepara el abandono en masa de los mejores hombres de la primera Junta y del primer Gobierno, no fue el fracaso de unos hombres. Fue el fracaso de un sistema. La propia solución buscada, en la que tan fácilmente se introdujeron los intereses de la derecha, mostró las debilidades esenciales de un sistema que sólo se quería reformar y no cambiar revolucionaria y estructuralmente. Ha sido ese fracaso el que ha llevado a la agudización de las contradicciones.

El planteamiento habitual de la actual Junta de Gobierno, sobre todo por parte de sus miembros demócratas cristianos, así como el planteamiento de la Embajada y del Gobierno de los Estados Unidos, es que la crisis actual se origina por el enfrentamiento de dos extremas, la extrema derecha y la extrema izquierda, entre las que la situación actualmente en el poder sería el centro.

Este planteamiento nos parece incorrecto desde diversos puntos de vista. Entre otros por el hecho comprobado de que hay profundas alianzas en las más altas esferas de la Junta, del Gobierno y del mando militar con la propia extrema derecha, mientras que en esos niveles no las hay con lo que ellos denominan la extrema izquierda. La impunidad con que operan los que se han dedicado sistemáticamente al asesinato de cuantos son estimados contrarios al proyecto de la derecha, impunidad que culmina en el caso del asesinato de Monseñor Romero, así lo demuestra. Por otro lado, la represión inaudita en su extensión y en su crueldad sólo contra la izquierda muestra el falso carácter centrista de esta posición. Y asimismo lo demuestran la facilidad con que representantes de la extrema derecha, incluso capturados y acusados de delitos contra el Estado, son puestos en libertad y son capaces de poner en conmoción tanto las estructuras militares como las estructuras políticas. Hay en el proyecto de la Junta y de los Estados Unidos aspectos centristas, pero esos aspectos centristas están subordinados a la aniquilación del movimiento popular, al que simplísticamente se le tilda de marxista-leninista, donde el marxismo-leninismo no es utilizado como un concepto sino como un imaginario fantasma.

Pero para efectos no meramente interpretativos sino prácticos lo que más importa subrayar es que la solución del 15 de octubre, continuada por el proyecto norteamericano de la Democracia Cristiana, en vez de mediar entre dos extremos, lo que de hecho ha conseguido hasta el momento es extremar las contradicciones y las oposiciones ya existentes.

Ante todo ha llevado a la desesperación de la derecha. El intento reformista ha levantado los ánimos de lucha de la oligarquía, a través de sus representantes aparentes. Se ha visto esto en las furiosas campañas de los medios de comunicación, cuando les fue posible utilizarlos libremente; se ha visto en sus manifestaciones públicas feministas y no feministas; en las provocaciones a las manifestaciones de la izquierda, como en el caso de las matanzas del 22 de enero y en el día del sepelio de Monseñor Romero. Se ha visto en la campaña contra el Embajador de los Estados Unidos y en el asedio a su residencia en conjunción con la suerte de quienes intentaron el golpe de Estado. Se ha visto en los reiterados propósitos de golpe de Estado y en el manoseo al que se ha visto sometida la Fuerza Armada. Se ha visto sobre todo en el recrudescimiento de la campaña represiva, tras haber logrado la radicalización derechista de una buena parte de la Fuerza Armada y de los Cuerpos de Seguridad, acompañada de la proliferación de bandas paramilitares, que han desatado una verdadera cacería de quienes suponen ser simpatizantes de la izquierda. Y últimamente se ha visto en la profundización de los operativos militares, una vez aceptada por la Junta y la Fuerza Armada la tesis de la extrema derecha de que en la izquierda está la destrucción del país.

Por el lado opuesto ha hecho avanzar cuantitativa y cualitativamente el movimiento de la izquierda. Antes del 15 de octubre parecía un sueño la unidad de las organizaciones populares; era asimismo impensable la apertura de esa nueva unidad, consolidada en la Coordinadora Revolucionaria de Masas, a sectores democráticos, considerados como reformistas y retardatarios del movimiento revolucionario. Conseguir un Frente Democrático Revolucionario y una Plataforma de Gobierno democrático-revolucionario, sólo ha sido posible por el fracaso de un centro irreal, que ha demostrado su verdad y sus posibilidades en sus siete meses de funcionamiento. Junto a esto hay que situar el crecimiento acelerado en número, en conciencia y en disciplina del pueblo organizado, que ya no está dispuesto a tolerar la opresión y la represión a la que le somete el centro. Está asimismo el aumento y el fortalecimiento de las organizaciones político-militares, que ya se están preparando para la insurrección general y para la ofensiva final: las acciones y los enfrentamientos se multiplican y se agravan y la hora del choque final se precipita. La gigantesca ola de represión está acelerando y radicalizando la hora de la insurrección.

Nos encontramos así ante una agudización del proceso y un encarnizamiento del choque, que están llegando ya al límite en la forma actual de realizarse y que están dando

paso a un estadio nuevo de lucha, en que las cosas se decanten definitivamente hacia un lado o hacia el otro. Sólo para esto ha servido la solución centro, que fue propuesta tardíamente y ejecutada torpemente, y esto no por fallos personales sino porque es una variante de la solución de-rechista, con la que sin duda se uniría a la hora del enfrentamiento definitivo. La prolongación del actual estado de cosas acabaría destruyendo al país al seguir fortaleciendo a las dos posiciones reales en conflicto. No parece, por tanto, que la actual solución propiciada por los Estados Unidos cuente con posibilidades reales ni con tiempo suficiente para abrir un camino nuevo, ya que más bien está conduciendo al proceso hacia el enfrentamiento definitivo. Propicia ese enfrentamiento cuando amenaza a la derecha con las transformaciones estructurales, pero lo propicia sobre todo cuando, aliado con la derecha, el actual Gobierno da una batalla sangrienta contra las fuerzas populares con operativos que aterrorizan a la población civil, pero llenan de moral combativa a los grupos armados. Sólo si el actual Gobierno hubiera sido capaz de refrenar la represión política sangrienta, sus propósitos hubieran tenido alguna credibilidad; pero, al no haberlo logrado; más aún, al haberla convertido en arma importante de su proyecto justificándola con pretextos y engaños increíbles —no es hora de relatar aquí la cadena de informaciones falsificadas que se han dado oficialmente de sucesos represivos (el caso bien comprobado y tardíamente reconocido del asesinato de uno de nuestros estudiantes por la Policía Nacional dentro del recinto universitario es sólo uno de los múltiples casos perfectamente comprobados)—, ha dejado al descubierto ante los ojos imparciales de dentro y fuera del país que esa solución centrista no es posible. Lo sería y muy reformada, si tras un enfrentamiento armado la izquierda quedara militarmente vencida, porque no es de esperar que la razón de la fuerza acabara ahogando y aniquilando a la fuerza de la razón.



La derecha, convencida de la debilidad del actual Gobierno para implantar una política pacificadora del país de corte capitalista, está dispuesta a dar su batalla de la que ya ha dado sus primeros pasos. Para ello no necesita desplazar el poder aparente del Gobierno sino robustecer la posición de sus alfiles en él y debilitar la de sus contrarios. Podría así tomar todo el poder, aboliría entonces las reformas proyectadas y profundizaría la aniquilación genocida de los movimientos populares. Está convencida de que su enemigo principal no es el actual Gobierno ni la Fuerza Armada, entre quienes cuenta con poderosos aliados, sino el proyecto de la izquierda, que es el único que acabaría con su hegemonía secular. Pero necesita dominar todavía más el aparato del Estado para instaurar el régimen económico que le es más conveniente y para planear sin disimulos la aniquilación sistemática de sus contrarios. Hasta dónde puede llegar en ese punto lo muestran los más de dos mil quinientos muertos que ya ha logrado desde el 15 de octubre y, como culminación de todo ello y de sus aviesas intenciones, el asesinato de Monseñor Romero.

La izquierda, por su parte, aglutinada en el Frente Democrático Revolucionario, está convencida de que ha llegado el momento de dar su último paso adelante. Por un lado, se considera como el proyecto verdaderamente popular capaz de responder a las necesidades objetivas de las mayorías; por otro lado, se considera con suficiente fuerza para alcanzar el poder y con suficiente madurez y apoyos para emprender una nueva etapa histórica en la conducción económica y política del país; finalmente, la actual agudización de las contradicciones le fuerza a tomar la iniciativa no sólo política sino incluso militar, so pena de verse desgastada o de propiciar una desesperación suicida en sus bases.

De hecho el enfrentamiento violento se está dando ya. La iniciativa hasta ahora la han llevado la derecha y el Gobierno mancomunados, pues en su haber hay que poner más de dos mil quinientos muertos. Pero también la izquierda, por medio de sus propios recursos armados, ha empezado a actuar con fuerza tanto contra miembros de ORDEN y similares como contra contingentes de soldados y de Cuerpos de Seguridad, más a modo de emboscadas que de enfrentamientos abiertos. Pero este enfrentamiento violento no es sino la punta del iceberg que se divisa sobre la superficie. El enfrentamiento es más hondo y más amplio. Y debe resolverse cuanto antes. La agudización de las contradicciones parece que impulsa al país a un estadio nuevo. Y si se trata de dos posiciones encontradas, y si la



presunta solución centrista en vez de superarlas, lo que está haciendo es radicalizarlas, la pregunta parece inevitable. ¿Cuál de ambas posiciones, con las correcciones que sean del caso, cuenta con las mayores y mejores posibilidades no tanto de triunfar como de resolver del modo más rápido y menos costoso la actual situación del país?

Esta es la pregunta que debe ser respondida. La respuesta no es fácil ni puede ser formulada en términos simplistas. Requiere máxima objetividad y responsabilidad. Pero es impostergable contribuir a que se encuentre. Es lo que pretendemos hacer en los puntos que siguen, puntos que deben ser tomados en su conjunto y en su matización para que no se nos tache de partidistas o de mecanicistas. No queremos proceder sólo por exclusión. Por exclusión nos parece cierto que el proyecto de la derecha dados sus antecedentes, las fuerzas que lo respaldan y los propósitos que conlleva, no es mejorable en lo sustancial; su intento de mejora lo representa el actual proyecto norteamericano y demócrata cristiano. Y este intento está fracasando. Su desarrollo más crudamente capitalista y represivo sería todavía peor y a la larga insostenible, a no ser que lo concibieran como una masacre sin precedentes en la historia de El Salvador.

3. Las mayores y mejores posibilidades políticas están en el nuevo proyecto nacional del Frente Democrático Revolucionario.

No quisiéramos hacer una argumentación ética y menos una argumentación idealista. Quisiéramos ceñirnos a lo que pudieran considerarse necesidades históricas, en el sentido de que dados unos antecedentes determinados es más probable que se sigan unos precisos resultados. No discutimos por tanto qué solución tiene mejores calidades éticas. Desde este punto de vista la respuesta tiene pocas dificultades; a pesar de las deficiencias éticas que ha tenido y puede tener en el futuro el proyecto del FDR, tanto en sus planteamientos como en la praxis histórica llevada hasta ahora, es superior y más valioso que su contrario, sobre todo en cuanto es la negación de sus vicios fundamentales. Pero decir esto no es suficiente, porque a pesar de su superioridad ética podría ser políticamente inviable. Por ello, supuesta su eticidad fundamental, nos preguntamos ahora por las condiciones políticas de su viabilidad.

Para mostrarlo vamos a hacer un somero análisis de las condiciones objetivas y subjetivas que lo respaldan. Tomamos la división como puro arbitrio metodológico, sin entrar en definiciones estrictas de qué deba entenderse

por condiciones objetivas y qué por subjetivas; ni, menos aún, en un análisis de la relación que guardan las condiciones antecedentes con los resultados consecuentes.

Entre las condiciones objetivas está, ante todo, la situación misma del país, asolado por índices de penuria económica que se van agravando coyunturalmente (escasa o nula inversión, fuga de capitales, freno de la construcción, cierre de fábricas, falta de siembras, etc.), lo cual va haciendo cada vez más difícil incluso la misma subsistencia de gran parte de la población. A ello se adjunta, como elemento esencial del sistema, la represión ascendente. Ambos factores, el del crecimiento de la opresión de las necesidades objetivas y el correlativo aumento de la represión aterradorante, hacen que la situación objetiva del país empuje hacia un cambio radical. No puede olvidarse que la situación actual es efecto de la dominación y de la explotación del proyecto de derechas y que se presenta no como mero subdesarrollo, que un capitalismo racional podría superar, sino como injusticia estructural. La negación de esta situación es el proyecto del FDR así como su causa y su responsable es el proyecto de la derecha, que es su contrario.

Esta situación ha generado la posibilidad intrínseca y objetiva de organizar una amplia base popular. Tras casi diez años de paciente preparación en que se han analizado los cauces objetivos más acomodados, se ha logrado, sobre todo en los últimos cinco años, organizar y potenciar el descontento popular a través de las organizaciones populares de masas. Este es un dato objetivo de primera importancia muy propio de la situación revolucionaria salvadoreña. Hay una gran masa de pueblo concientizada y organizada, que cuantitativa y cualitativamente supone una condición objetiva de gran importancia tanto para la resistencia contra el proyecto de derechas como para el apoyo del proyecto contrario. No es fácil de determinar el número de quienes activamente participan perfectamente organizados en los movimientos revolucionarios de masas. La manifestación del 22 de enero, en la que, a pesar de grandes dificultades y amenazas, se reunieron alrededor de doscientas mil personas, nos pueden dar una pista. Fuentes responsables hablan de un número superior al medio millón y algún Partido político, no simpatizante, da por seguro que en unas elecciones libres ganarían los que propician el proyecto del FDR. Si los organizados, agrupados en cinco organizaciones (BPR, FAPU, Ligas 28, UDN, MLP) superan el medio millón de campesinos, obreros, estudiantes, maestros, pobladores de tugurios, los que simpatizan con ellos y los que los apoyan son con toda probabilidad muchos más.



Pero más importante que el número es la rapidez de su crecimiento, la eficacia de su organización, su capacidad combativa, su heroica resistencia a la represión. Han invadido todo el país, aunque en unas zonas son más fuertes que en otras. Y algunos de sus sindicatos controlan buena parte de la industria básica.

Tras el fracaso del 15 de octubre se ha ido adhiriendo a esta misma línea una amplia gama de fuerzas democráticas, de clases medias, de profesionales y técnicos, de pequeños y medianos empresarios. Este poderoso grupo, al que se han adherido sectores importantes de partidos políticos y aun toda la social-democracia, se ha organizado también en un Frente Democrático, que ha constituido con la Coordinadora Revolucionaria de Masas el Frente Democrático Revolucionario (FDR). Con ello se ha preparado una alternativa efectiva de poder, que une a la fuerza revolucionaria de unos la preparación técnica y política de los otros. Es cierto que el FDR dista todavía de ser algo perfecto, tanto por lo que toca a su unidad orgánica como por lo que toca a los canales de decisión y al desarrollo de las políticas. Pero si se considera la velocidad del avance desde mediados de enero hasta mediados de mayo, no puede negarse que el proyecto del FDR cuenta ya con un aparato político importante, en el que las diversas partes opositoras han sido capaces de abandonar posiciones sectarias divergentes para encontrar una cierta unidad en lo sustancial de la línea de mando y en la línea de planificación de actividades.

Fruto de esta unidad es la elaboración de una Plataforma de Gobierno, aceptada por todos los integrantes del FDR y que muestra la voluntad de consolidación no sólo a la hora de la lucha revolucionaria sino también a la hora de una acción conjunta en el Gobierno. Una Plataforma que, como tendrán ocasión de examinar los lectores de este número de la Revista, es viable y razonable y no puede considerarse como exagerada y maximalista, y mucho menos como comunista o totalitaria. Su plasmación muestra el amplio campo de coincidencia entre los distintos grupos y subgrupos del FDR, así como su madurez política al haber sido capaces de ceder en sus peculiaridades para concentrarse en lo esencial y en lo común.

Este Proyecto cuenta también con el respaldo de una fuerte Coordinadora de movimientos político-militares; esto es, cuenta con una considerable fuerza militar. Su carácter de clandestinidad no permite hacer cálculos bien fundados, ni las acciones emprendidas hasta ahora permiten hablar con solvencia de un gran poderío militar tanto en hombres como en armamento. Pero hay algunos signos objetivos que permiten aventurar una fuerza militar importante. Los muchos millones que estas organizaciones han logrado en los secuestros —se ha hablado de más de cien millones de dólares en su conjunto— han sido utilizados al parecer en la adquisición y preparación de efectivos militares. Se habla en fuentes norteamericanas de cientos de cuadros preparados en el extranjero (Cuba, Argelia), muchos de ellos universitarios. Parecen contar con la posibilidad de ayuda extranjera como la que tuvieron los sandinistas en Nicaragua. Y en las publicaciones de estos grupos político-militares se aprecia una estrategia de guerra popular, en la que el poder ofensivo y defensivo se organiza en distintos niveles y formas, que parecen no ser fácilmente vulnerables en su conjunto. Entre los cuatro grupos político-militares es muy probable que puedan presentar varios miles de hombres, perfectamente entrenados y pertrechados. Aunque es un punto lleno de incógnitas para un observador extraño, hay suficientes indicios como para no menospreciar el respaldo armado del FDR, preparado concienzudamente desde hace años.

Mirado el proyecto desde el punto de vista internacional pueden apreciarse algunos signos favorables. Ante todo, de los países no alineados, especialmente de Nicaragua y de Cuba. Por otro lado la presencia de la Social Democracia en el FDR hace probable un fuerte apoyo internacional, si se mantiene la filosofía y la unidad del Frente, así como la presencia en él de las fuerzas democráticas. En el caso no improbable de que se retirara del Gobierno lo



que aún queda en él de la Democracia Cristiana, podría crecer el respaldo internacional, sobre todo si el FDR fuera capaz de mostrar responsablemente en el extranjero el fracaso de la solución actual y las perspectivas racionales de su solución.

Consideración aparte merecen dos instituciones sociales de gran importancia en el país: la Iglesia católica y la Universidad. Por lo que toca al estamento universitario puede decirse que las dos universidades más importantes del país y que concentran más del noventa por ciento de alumnos, profesores y recursos académicos favorecen como más racional y justo el proyecto del FDR, del que la Universidad Nacional es miembro pleno y nuestra Universidad es miembro observador. No es tan fácil la respuesta por lo que toca a la Iglesia, después de la muerte de Monseñor Romero. Su asesinato ha supuesto una baja de tensión evidente en el compromiso real, objetivado día a día, con las luchas de los oprimidos en busca de su liberación; se repite que se quiere continuar su línea, pero los hechos hasta ahora no lo comprueban, quizá porque la figura de Monseñor Romero resulte insustituible. Parecería que la Iglesia en algunos de sus miembros dirigentes quiere mantenerse al margen, olvidando que Monseñor Romero nunca hizo esto sino que fue tomando partido, aunque sin identificarse plenamente con ninguna de las soluciones políticas. Pero si no sería acertado decir que la mayor parte de la Iglesia está en favor del proyecto del FDR, mucho más desacertado sería el afirmar que está con el proyecto de la derecha. Algunos de sus miembros, especialmente los menos comprometidos y los más calculadores, preferirían idealísticamente que tuviese éxito el sistema en el poder por su aparente carácter medio entre dos extremos. Incluso es probable la sospecha de que el propio Vaticano, mal informado sobre la situación y no midiendo bien los terribles costes de la solución actual, estime como proclive al castrismo la solución del FDR y en este sentido no la favorezca en un primer momento.

Contra estas condiciones objetivas favorables al proyecto del FDR se pueden proponer otras muy poderosas. Ante todo los fortísimos y poderosísimos intereses económicos nacionales e internacionales con su capacidad de movilización y presión en todos los órdenes; está asimismo la estructura misma del Estado y de sus instituciones, moldeada para sostener y defender un sistema capitalista de opresión y represión. Está, como lo ha demostrado la experiencia transcurrida desde el 15 de octubre, un aparato militar y un aparato represivo, cuyo poderío bélico y policial es innegable; y, aunque se han mostrado fisuras serias en la Fuerza Armada, en la que por lo menos pueden des-

cubrirse tres corrientes importantes profundamente divergentes, estas fisuras no han significado todavía su resquebrajamiento institucional. Los medios de comunicación, así como la inmensa mayor parte de los recursos, están en manos contrarias al proyecto del FDR, por más que su efectividad esté actualmente reducida por el estado de sitio.

Internacionalmente, el proyecto de la derecha cuenta con el respaldo decidido de los gobiernos de Guatemala y de Honduras; las clases dominantes de esos países están incluso contra la política del actual Gobierno salvadoreño. Pero se unirían muy gustosos con él, a la hora de un enfrentamiento militar que tratase de aniquilar no sólo a los grupos armados sino a la estructura toda de la organización popular. Hay signos manifiestos de alianzas en este sentido.

¿Y los Estados Unidos? La posición de los Estados Unidos es compleja. Su posición oficial actual es claramente en favor de la actual Junta de Gobierno y de su programa de reformas. Estaría contra la extrema derecha, a la que ha impedido el acceso al poder por la fuerza. Pero más está contra lo que equivocadamente llama extrema izquierda, pues sostiene que el FDR es una pantalla transitoria para entregar el poder a los grupos más extremistas de la izquierda, que propugnarían por un ejército nuevo propio y por una política claramente antinorteamericana. Más aún, su apoyo a la política del actual Gobierno supone un respaldo real a toda su política, dentro de la cual está como elemento esencial una bárbara represión, que si fuera conocida en su magnitud y en su verdad por el pueblo norteamericano, sería rechazada enérgicamente. Aunque niega verbalmente cualquier propósito de intervenir directamente con cuerpos armados en un conflicto interno, deja abiertas todas las puertas para esa intervención que pudiera darse de forma abierta o camuflada, al decir el propio Bowdler que no se excluye la intervención norteamericana, en caso de que fuerzas procedentes del exterior interviniesen en la solución del conflicto salvadoreño. Los Estados Unidos deberían reflexionar en que su actual política no va a impedir lo que llaman ellos una guerra civil sino que de hecho la está fomentando, como lo venimos mostrando en este Editorial y en que debieran mostrar más comprensión y flexibilidad para negociar con el FDR que, si es solución para el futuro de El Salvador, es también a la larga una solución aceptable para los Estados Unidos.

Si pasamos ahora del análisis de las condiciones objetivas al de las condiciones subjetivas, lo que más llama la atención es el capital acumulado por los partidarios del cambio social democrático-revolucionario, tanto que un



exceso de subjetivismo puede llevarles a cometer errores de cálculo sobre sus posibilidades reales. Es mucho mayor el número de los que están dispuestos a entregar su vida en el empeño de una patria nueva, que el número y el temple de los que están dispuestos a matar por conservar sus intereses egoístas y el statu quo. El cúmulo de condiciones objetivas junto con una fuerte campaña de concientización; la exacerbación causada por las necesidades objetivas lacerantes y, sobre todo, por la represión; la juventud de una buena parte de los integrantes de los movimientos revolucionarios; el haber sentido que todas las otras puertas han sido violentamente cerradas; todo ello hace que se cuente con un muy rico caudal de decisión, de energía, de capacidad de lucha. El ejemplo del triunfo sandinista, en condiciones más precarias que las actuales del movimiento revolucionario salvadoreño, ha elevado el grado de convencimiento y de seguridad en las posibilidades de triunfo. No es todo el pueblo el que está en estas condiciones subjetivas, pero es una parte muy representativa de él, capaz de despertar nuevas solidaridades.

La politización de ese pueblo no ha venido como reflejo mecánico de la situación injusta, opresiva y represiva. Pero no se reduce tampoco a la conciencia de clase de los trabajadores del campo y de la ciudad. El hecho primario y masivo que define la realidad social salvadoreña es la existencia de unas inmensas mayorías que ni siquiera tienen trabajo fijo y que, por tanto, no son técnicamente "explotadas". Pero estas inmensas mayorías en vez de convertirse en "ejército de reserva" o en lumpen despreciable, se han convertido en masa activa para la que ya es una convicción fundamental el que no les queda sino liberarse activamente o morir. En las dos alternativas está presente la muerte, pero en la primera se trata de una muerte activa con esperanza de libertad mientras que en la segunda —día a día experimentada por el hambre y los asesinatos— se trata de una muerte inútil y desesperanzada. La solidez subjetiva de esta gran masa del pueblo, que no es estrictamente hablando proletaria, es manifiesta, pues se ha consolidado en medio de la persecución y de la muerte; muchas veces se ha lanzado a la lucha por la liberación desde una profunda fe cristiana, que ve en el sacrificio por los otros y en la llamada del Reino de Dios un principio indestructible de vida y de liberación. Todo ello no obsta para que se deba reconocer también el crecimiento cualitativo del movimiento obrero y campesino con firme conciencia de clase y la presencia de vanguardias políticas, que representan el esqueleto fundamental de las organizaciones y que aportan a la totalidad del movimiento el análisis científico del marxismo.

Esta conciencia de la urgencia de profundos cambios, en los que debe tener un papel predominante el pueblo organizado, ha ido apoderándose de capas de población cada vez más extensas. La urgencia de que es menester salir pronto de esta situación de muerte y destrucción se siente cada vez más. Y aunque a muchos les falta todavía claridad de cómo salir, las barreras y los fantasmas van desapareciendo y las vendas ideológicas desgarrando. Esta nueva conciencia se ha ido robusteciendo no sólo entre intelectuales sino también entre profesionales y técnicos, entre pequeños y medianos empresarios e incluso ha penetrado en la institución militar. Las clases medias han comenzado a ver que no están excluidas no sólo de los beneficios del cambio, pero ni siquiera de la participación activa en él.

Hay sin duda una gran masa a la expectativa, cuya caracterización fundamental podría ser la sentida necesidad de encontrar una solución pronta y estable, la de recuperar la seguridad perdida, la de tener una esperanza cierta de que va a haber trabajo, vivienda y salud, la de que va a desaparecer el terror y el asesinato político, la de que se va a poder contar con nuevos Cuerpos de Seguridad que den protección y no miedo. Su voluntad de intervención activa puede ser todavía escasa y latente y su decisión de participar con altos riesgos en un conflicto armado todavía más débil. Pero este amplio sector podría ver con benevolencia la solución del FDR, si es que la llegase a comprender, si es que viese la posibilidad de su triunfo sin grandes costos sociales y, sobre todo, si viese asegurado un futuro libre de los fantasmas que la propaganda ha suscitado en torno a lo que son los propósitos y los planes del sector revolucionario.



Sin embargo, hay también condiciones subjetivas adversas al avance y consolidación del proyecto del FDR. Los que ven sus intereses fundamentales puestos en peligro o los que han estado comprometidos con los crímenes y la corrupción y que no tienen fácil salida al exterior, no están dispuestos a ceder fácilmente. Por otro lado, el lenguaje utilizado a veces por las organizaciones populares y algunas de las acciones de los grupos guerrilleros, junto con la permanente desinformación de los grandes medios de comunicación social, el manejo incesante del fantasma del comunismo, todo ello hace que en amplios sectores se de hostilidad en algunos casos y fuerte desconfianza en otros. No se aprecia todavía aquel entusiasmo por los "muchachos" sandinistas, que se daba en amplios sectores, incluso burgueses, de Nicaragua. Ni puede olvidarse lo que las campañas de terror y muerte han podido ocasionar en subjetividades menos fuertes, a quienes la represión atemoriza en vez de exacerbar.

No es fácil precisar cuáles son las disposiciones subjetivas de los diversos cuerpos que constituyen la Fuerza Armada. En algunos casos pueden apreciarse síntomas de máxima crueldad sobre todo en los Cuerpos de Seguridad en un planteamiento equivocado tanto sobre los efectos del terror y la represión como sobre que su única alternativa fuera matar o morir. La extrema derecha por su parte ha logrado penetrar en la conciencia de un buen número de militares, poniéndoles en franca oposición contra el FDR, al manejar simplísticamente la amenaza del comunismo y los modos que el FDR propone para una renovación total de la Fuerza Armada y, sobre todo, de los Cuerpos de Seguridad. No acaban de comprender lo que sería un ejército del pueblo como contrapuesto a un ejército de la burguesía y del capital, cuando lo que se busca es un ejército más profesionalizado, más limpio, más respetado por toda la ciudadanía.

Todavía es pronto para medir los efectos 'populistas' generados por las distintas fases ya en marcha de la Reforma Agraria. La propaganda oficial quería hacer sentir que habría ya un millón de favorecidos, sobre todo por el decreto 207, que estarían satisfechos con la actual política gubernamental. Este respaldo es más que dudoso. Y quizá el signo más firme de su fracaso está en el constante renunciar de ministros y subsecretarios y en la dificultad de encontrarles sustitutos. Lo mismo cabe decir de la resistencia y de las huelgas de los técnicos del Ministerio de Agricultura y Ganadería a colaborar con una Reforma Agraria hipotecada con tantos y tan graves costos sociales.

Mención aparte merece el acallamiento de la voz de Monseñor Romero, una de las condiciones subjetivas más im-

portantes en la formación de la conciencia colectiva. En su palabra tomaba carne el sentir popular y ella iba conformando ese sentir. Su clara posición a favor del pueblo, su rechazo a proyectos impulsados desde el exterior o desde intereses minoritarios, su permanente protesta contra la represión y el terrorismo, todo eso y mucho más se ha perdido con su martirio. La Iglesia no se ha recuperado de su ausencia y está perdiendo poder de intervención en esta hora tan delicada de la patria. Los medios de comunicación social del Arzobispo de San Salvador, especialmente la YSAX, ha dejado de ser lo que era, y en vez de adelantarse a los acontecimientos está escondiendo su obligada voz proyectiva en las palabras ya pasadas de Monseñor Romero.

Sopesadas en su conjunto las condiciones objetivas y subjetivas, favorables y desfavorables, y vista la experiencia de la solución centrista durante estos siete meses, no es aventurado afirmar que el proyecto del FDR ofrece desde el punto de vista político mejores perspectivas como nuevo proyecto nacional, que saque al país de su desesperada situación actual. Aunque no sea una solución perfecta y consumada, ni haya incorporado todavía a todas las fuerzas sanas del país, ofrece base sólida para trabajar sobre ella. Pero cuenta todavía con graves dificultades, algunas de las cuales pasamos a analizar.

4. Las graves dificultades del proyecto del FDR

A lo largo de los párrafos anteriores se han apuntado algunas de las dificultades que tiene el proyecto del FDR para su triunfo y consolidación. Hemos considerado sobre todo las dificultades externas al proyecto mismo; son evidentes en el orden internacional y en el nacional. Quisiéramos insistir ahora en las dificultades que afectan internamente al proyecto.

La primera seria dificultad consiste en que la unidad de la izquierda no es todavía todo lo sólida y orgánica que debiera. Sin duda se ha avanzado mucho y todavía se sigue avanzando, pero queda bastante por recorrer y el tiempo apremia. Es un punto de máxima importancia, porque sin una amplia y sólida unidad, que no excluye los pluralismos, el proyecto del FDR no es factible ni a la hora del relevo del poder ni a la hora de implementar una solución que responda realmente a las necesidades objetivas y a las posibilidades subjetivas de El Salvador.

Esta falta de unidad parece darse incluso en la cúspide, la Coordinadora de las organizaciones político-militares, y se manifiesta de diversas formas. Uno de los movimientos, el ERP, no está integrado en esa Coordinadora, porque



otro de los grupos, el RN, no lo acepta en razón de responsabilidades históricas. Por otro lado, una larga historia de trayectorias paralelas hace difícil la coincidencia actual tanto en el orden de los problemas teóricos como en el de los prácticos. Lo que antes eran divergencias entre estrategias y tácticas hoy parecen ser divergencias sobre la hora y el modo del asalto al poder. Aunque se ha llegado a un mínimo común en lo político, cada una de las organizaciones procura ir robusteciéndose por su lado e impulsando sus puntos de vista, sus acciones propias y la afiliación de nuevos miembros. Pudieran darse hasta afanes hegemónicos, que pusieran trabas serias no sólo a tácticas más coyunturales sino a estrategias más estructurales. Hay en algunos grandes prisas por resolver rápidamente la situación y en aras de esas prisas se pueden calcular mal los riesgos o, en el otro extremo, se pueden aceptar soluciones de compromiso, que pueden poner en serio peligro el futuro pactado. Pero también se puede caer en el extremo opuesto de la intransigencia y del purismo, unido a una confianza excesiva en las propias fuerzas o a un menosprecio del poder del adversario. Pudieran estarse dando posiciones contrapuestas tanto en el análisis como en la propuesta de soluciones que, llevadas al extremo de su contraposición, conducirían al rompimiento de la unidad o, al menos, a una falta de colaboración entusiasta, que ponga los intereses generales por encima de los particulares. En este momento ninguna solución parcial que no consiga la aprobación de la mayor parte de los grupos tiene validez suficiente como para preferirla a la solución total, en que converjan todos los sectores, que realmente quieren el cambio definitivo. La unidad vale más que cualquiera de los análisis, cuando éstos son problemáticos y descansan en premisas inseguras. Lo más seguro y sólido es la unidad, por lo que supone de entrenamiento político para la acción de Gobierno futura y por lo que implica de recoger y aunar aspectos, que serán falsos en la absolutización de algo parcial, pero que sin duda contienen elementos que deben ser asimilados. Cuando el enemigo es tan poderoso, la unidad es decisiva; cuando la tarea por realizar tan vasta, la unidad es indispensable. Este trabajo por la unidad podría mostrar, además, nacional e internacionalmente la madurez y flexibilidad pluralista, que tantos necesitan comprobar para rechazar de una vez por todas el fantasma de los totalitarismos.

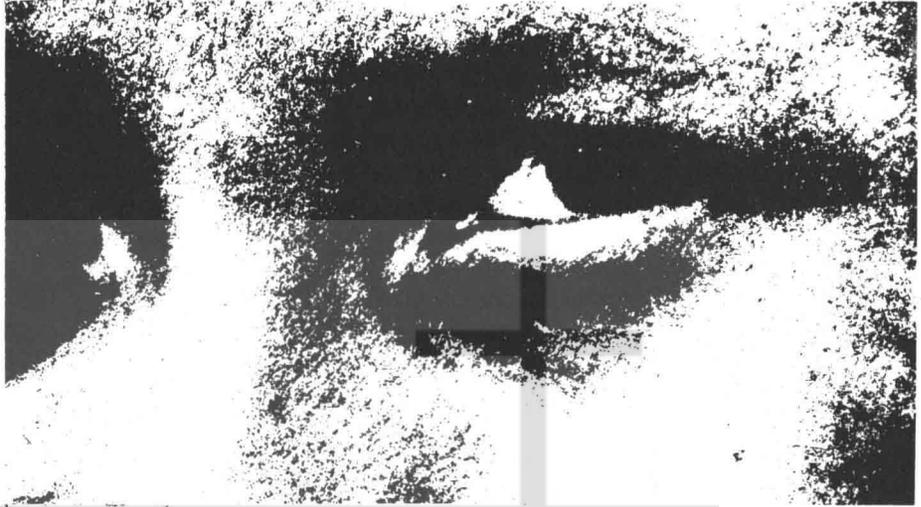
Esta falta de unidad se refleja también en los correspondientes movimientos de masas hoy más que nunca asimilados por las organizaciones político-militares. Pero podría verse reflejada todavía más en las relaciones que se mantienen con el sector democrático, esto es, con el con-

R6762

junto de partidos, sindicatos, agrupaciones e instituciones, que son parte integrante del FDR. Sólo si la unidad del sector democrático y del sector revolucionario —son las denominaciones con las que se conoce a ambas partes— se constituye en una unidad profunda, en la que las dos partes hagan sentir su peso específico a la vez que se potencien y delimiten, el proyecto del FDR tendrá viabilidad y aceptabilidad nacional e internacional. No puede olvidarse que tras esta unidad previa está en juego la credibilidad de un Gobierno democrático-revolucionario sobre todo si se tiene en cuenta lo que actualmente está ocurriendo en Nicaragua.

Las organizaciones de masas y las organizaciones político-militares demostraron gran perspicacia y madurez, cuando tras el 15 de octubre fueron reconociendo que existían otras fuerzas, sin las que El Salvador no es gobernable. Pero quizá no han medido todavía suficientemente lo necesarias que son esas fuerzas, ni menos aún se ha transmitido a las bases lo que esa necesidad implica ahora y después. Una cosa es que no sean las más aptas para la conquista revolucionaria del poder del Estado y otra que no sean indispensables para la consolidación de un poder sometido a tantas necesidades objetivas internas y a tantas presiones externas. No sólo eso. Un juicio equivocado y dogmático que identificase pueblo organizado con el pueblo todo de El Salvador, podría llevar a graves errores en la conducción política. Ciertamente ha sido el pueblo organizado quien más ha luchado y el que más se ha sacrificado por conseguir una patria distinta, en que cese la explotación y la represión y en que nazca y crezca una nueva solidaridad. Pero no todo el pueblo puede vivir durante mucho tiempo tanta tensión idealista y esto lo puede comprender mejor el sector democrático. Más aún, el tremendo esfuerzo de reconstrucción que necesita el país no puede lograrse, si no se aprovecha adecuadamente el tremendo capital teórico y técnico que hay en El Salvador y que no se pondría al trabajo si el Gobierno en el poder no respetase los derechos humanos fundamentales, incluidos los derechos económicos, sociales y políticos. Tildarlos de pequeños burgueses sería un error. Hay que ampliar y solidificar esta unidad y dar al sector democrático el puesto que le corresponde en la toma de decisiones. Sin su participación no hay posibilidades suficientes ni de captación de las clases medias, ni de suficiente apoyo internacional, ni de maduración y desarrollo del proyecto mismo, ni de base sólida para la compleja y costosa reconstrucción nacional.

Este es el grave problema de la unidad, pero al parecer las dificultades que ha suscitado van siendo superadas.



Su superación definitiva sería una de las esperanzas más firmes para el triunfo final.

La segunda dificultad es la falta de imagen adecuada, el conocimiento dentro y fuera del país de lo que es y de lo que no es el proyecto del FDR. La Plataforma del Gobierno democrático-revolucionario, que comentamos y desarrollamos en este número de la Revista, ofrece un marco general en que se aprecian las orientaciones fundamentales en diferentes campos de la realidad nacional. Pero no presenta todavía desarrollos acabados de los planteamientos ideológicos, del análisis de la situación, del esquema jurídico-constitucional, de la estructura orgánica del poder del Estado, de los planes de Gobierno, etc. Desde este punto de vista es importante no despertar expectativas falsas lo mismo que es importante no suscitar temores infundados, fantasmas paralizantes. Los mayores males de nuestra actual situación dependen de factores estructurales, cuya transformación es necesariamente lenta, aun después de un cambio político revolucionario. Hay leyes históricas que no pueden ser cambiadas por decreto. Tras el idealismo de la lucha revolucionaria está el realismo de la reconstrucción nacional. Se necesita para ello junto con una gran dosis de preparación y de trabajo la creación y animación de nuevos valores, de nuevos ideales. No va a ser fácil, porque los actuales están determinados por el binomio explotación-opresión y porque los futuros no van a aparecer como resultado mecánico y reflejo necesario del cambio de estructuras. Son valores que no pueden introducirse con campañas masivas de indoctrinamiento, que acaban despertando más rechazo que aceptación.

La tercera dificultad está en lo aspero y costoso que va a resultar la toma del poder por las fuerzas políticas, que se aunan en el FDR. No parece que los actuales detentadores del poder dejen voluntariamente el paso a las fuerzas revolucionarias. No es probable que la mayor parte de la Fuerza Armada quiera aceptar de grado la plena vigencia del proyecto del FDR, en lo que toca a la reestructuración del Ejército y, sobre todo, a la desaparición de los actuales Cuerpos de Seguridad. Tampoco puede considerarse como factible que la presión internacional pudiera forzar a un cambio de poder pacífico. Unas futuras elecciones, como vía al poder, no son aceptadas ya por la izquierda, tanto porque una práctica inveterada le hace desconfiar del camino de las elecciones como porque el Gobierno elegido seguiría en dependencia, como el actual, de lo que quisiera hacer y dejar de hacer la Fuerza Armada y sus aliados.

Por estas y otras razones el proyecto del FDR no ve otra salida a lo que estima su derecho y a lo que juzga ser la voluntad y la exigencia objetiva de las masas que un enfrentamiento armado. Parece haber diferencias importantes, como ya insinuábamos antes, en el modo y en el tiempo de ese enfrentamiento así como en las alianzas que debieran procurarse. Pero parece haber un acuerdo fundamental de que es necesario el uso de la fuerza y la derrota militar del enemigo para entrar sólidamente en un nuevo período verdaderamente revolucionario. Y esto ofrece graves problemas tanto políticos como éticos.

Hay consenso entre los tratadistas políticos y morales sobre el tema de la insurrección en que hay condiciones que le hacen legítima y aun obligatoria en algunos casos, pero al mismo tiempo en que puede comportar males gravísimos, de modo que siempre debe implicar un cálculo cuidadosísimo en que toda objetividad y prudencia son escasas. Pero aquí nos encontramos al parecer con un hecho consumado: la firme decisión de ir a una insurrección con un componente principal que sería de orden militar y armado y un componente social que podría tomar la forma de huelga general y de resistencia pasiva.

Entre los males del enfrentamiento armado dos merecen especial consideración. Ante todo, lo que puede suponer de destrucción de vidas humanas, sea porque se tratara de un enfrentamiento largo y encarnizado, sea porque la parte vencedora sometiera a la contraria a una durísima represión. Desde este punto de vista, lo más conveniente sería que la parte prácticamente derrotada o sin posibilidades sólidas de vencer no alargara innecesariamente su guerra perdida; pero desgraciadamente parece improbable

que sin comprobaciones efectivas en el campo de batalla ninguna de las partes involucradas va a declararse inferior o derrotada. El continuar la pelea hasta la derrota militar completa puede ocasionar costosísimos sacrificios en el pueblo y grandes pérdidas en la infraestructura económica, que no estarían justificados en modo alguno. ¿Puede lograrse esto en dos o tres semanas de enfrentamiento armado en la etapa de la ofensiva final? Lo mejor sería evitarlo o reducirlo a su mínima expresión; pero la realidad está aquí por encima de los voluntarismos y de las intenciones idealistas.

Sin embargo, a quienes se resisten a la idea de un enfrentamiento inevitable cabe recordarles que las muertes causadas por la represión y por los enfrentamientos parciales dan ya una suma superior a los 2.500, la mayor parte caída desde enero, y que el promedio de muertes va en vertiginoso ascenso acercándose a mediados de mayo a la cifra de 30 ó 40 diarias (The Guardian, 14 de mayo, 1980); de seguir así a finales de año la cifra total podría superar las 10.000 víctimas, cifra posiblemente superior al de un corto enfrentamiento. En el otro extremo, tampoco cabe desconocer que el marco de acción política y económica, que permiten las condiciones geopolíticas del país es tan relativamente angosto, que su conquista no amerita un desastre nacional; el mal actual es ciertamente gravísimo, pero los remedios posibles tienen poco campo de juego, por lo que no estaría justificado un planteamiento bélico en términos de todo o nada.



El segundo gran mal del enfrentamiento estaría en que la derrota de quienes propician y respaldan el proyecto del FDR podría traer no sólo un baño de sangre sin precedentes sino también un retraso tal vez definitivo en el desarrollo político del movimiento popular. El problema no sólo afectaría a El Salvador sino también muy directamente a Nicaragua y a toda el área centroamericana. Por esta razón debería procederse con un máximo de responsabilidad. Pudieran darse acciones y situaciones que pusieran a toda Centroamérica en tal coyuntura que los Estados Unidos propiciaran una masiva intervención armada con la abierta o disimulada participación de los propios norteamericanos. El período eleccionario de los Estados Unidos y el endurecimiento de su política internacional no hacen descabellada esta hipótesis. Sólo un muy cuidadoso manejo de las acciones puede evitar el que las reacciones lleguen a ahogarlas en sangre o a hacerlas políticamente inviables.

Son en conjunto tres graves dificultades. Sólo su superación inteligente podría dar paso al proyecto político del FDR, ateniéndose estrictamente a las condiciones objetivas y subjetivas que se dan hoy en el país y a la correlación de fuerzas que se da en el área.

5. No cerremos las puertas de salida

Todos los prolijos análisis anteriores nos llevan a la conclusión de que estamos en una hora gravísima de la patria, en la que pueden fructificar años y años de sacrificios o en la que pueden quedar inutilizadas para mucho tiempo las esperanzas de días mejores, en los que sean posible el trabajo sin explotación, la paz sin represión, la justicia con la libertad. Pero no se trata de un planteamiento puramente teórico. Ha llegado la hora de la decisión. No pueden seguir yendo las cosas como van, pues de seguir así todo afán constructivo quedará paralizado y el desangre del país llegaría a límites letales. Otros proyectos ya han sido puestos en práctica y han fracasado; alargar artificial y violentamente su vida, es alargar la agonía del país. El proyecto del FDR es un proyecto nacional nuevo. No es perfecto pero es perfeccionable, porque es el que más futuro intrínseco tiene. Es un proyecto que no fuerza idealística y voluntarísticamente la realidad nuestra, tal como se da, pero que tampoco deja que los vicios de esa realidad heredada sean los puntos determinantes de la proyectada estructura económica y política.

Es un proyecto que puede echarse a perder sea por aniquilación sea por radicalización. Años de represión han demostrado que la aniquilación no sería fácil, además de



ser injusta. Pero la radicalización podría venir por la incomprensión de quienes hoy tienen el poder y por la fiebre homicida de las hordas ultraderechistas. Entonces sí entraríamos en una guerra desesperada sin tregua ni cuartel, sin humanidad alguna, en la que toda barbarie irrumpiría y en que la sangre llamaría a más sangre. A pesar de todas las provocaciones, el proyecto del FDR no debería dejar entramparse, pues perdería sus mejores cartas de aceptación y la simpatía internacional. Como repetía el llorado Monseñor Romero ha de buscarse el camino menos violento posible para alcanzar la máxima liberación posible.

No puede olvidarse que es un proyecto que necesita de la aceptación internacional de los países democráticos y que no puede plantearse ni ahora ni después en abierta oposición contra los Estados Unidos, aunque quiera romper hasta donde sea posible con la explotación imperialista. Todos estos países, incluido Estados Unidos, deben comprender la situación de El Salvador y deben valorar que ninguna propuesta menos exigente y radical que la presentada por el FDR sería aceptada por el pueblo organizado. Y sin esta aceptación no es posible una salida racional y de perspectivas seguras a la situación de El Salvador.

Si se llega a dar el enfrentamiento armado es menester que los países democráticos obliguen a que las fuerzas en pugna acepten las reglas internacionales y los derechos inalienables en caso de conflicto armado declarado. El Salvador es signatario de estos convenios internacionales, que tratan de humanizar la guerra y pretenden salvar hasta donde sea posible a la población civil. Si la realidad muestra un enfrentamiento declarado, más allá del puro desgaste ocasional, la mediación internacional puede resultar decisiva. Sólo en el caso de un genocidio estrictamente tal o de una flagrante y masiva violación de los derechos humanos más fundamentales estaría justificada una fuerza mediadora. Pero no cabe pretextar tal genocidio y violación para disimular un intervencionismo armado, que viniera a respaldar una solución impopular. Ya desde ahora podrían los países democráticos poner todo su peso en evitar algunas de las acciones represivas, que causan muertes absolutamente ilegales e injustas y son propiciadas por los Cuerpos de Seguridad, como lo acaba de recordar un alto funcionario del Departamento de Estado norteamericano. Pero su función más importante estaría a la hora del enfrentamiento y a la hora del desenlace de ese enfrentamiento.

Sabemos que nuestras palabras pueden poco y que tal

vez llegarán tarde para impedir lo peor. Suponen un llamado sincero a la reflexión y a la ponderación en la toma de las decisiones. Puede que se nos haya escapado una palabra de más o que no hayamos sabido decir todo lo que es preciso decir. Pero el conjunto de nuestra posición es claro. Y al exponerla nos anima el hacer menos difícil, menos costoso y menos violento algo que vemos acercarse rápida e inexorablemente. No podemos predecir lo que va a venir, pero si lo que va a venir no incluye los elementos esenciales del proyecto del FDR, El Salvador no habrá dado todavía con el camino de su liberación.

20 de mayo de 1980.

